

PABLO MOLINET

Poemas

La materia del río

El agua encoge en canales
que enflaquecen en acequias
y se reducen a surcos;
kilómetros y kilómetros: diques, puentes, carreteras,

grave Lerma correntoso
que es también ese ondular
lúgubre y lento de ofidio
bajo la intriga de lirios de la fangosa laguna.

Cóncavo reino fluvial: estos valles engarzados
y plenos también de garzas,
tan blancas sobre lo negro
de la tierra barbechada.

Grávido reino fluvial: el limo negro del Lerma,
su preñada densidad,
rima del bagre y la rana,
colma de verde los valles.

Al amparo aromático del ócalo duerme la perra de caza. Gañe, resopla,
gruñe: ¿en su sueño retumban los ecos de la escopeta por el concilio
de cerros que circunda la laguna?, ¿huele el pato caído en el cañave-
ral, lo hostiga en un minuto de sangre y luz de otoño?

En el mundo de la vigilia es mayo, tres de la tarde, hora vacía de
gentes, llena de un sol que aporrea el páramo químico bajo los puen-
tes —el pudridero—.

En el lecho de los canales un reino roto en añicos. Bajo los sabi-
nos que ciñen las acequias, bajo los ócalos y los pirules, *anopheles*,
moscos jaspeados en el aire inmóvil, sombra voraz del pantano abo-
lido —sombra o nube espectral del paludismo—.

Si vuelven las lluvias, río arriba será liberado el río, las aguas
correrán enormes y marrones. La perra despertará a medio cañave-
ral en medio de una estruendosa fuga de patos.

Bagres y ranas saben a limo,
un mosco es limo que vuela;
lo mato de un manotazo,

limo rojo y sangre negra;
avidez:
la perra sueña su presa
en la mañana que estalla

plomo,
plumas,
limo.

Despeñaderos de marfil

Azul punzocortante
a punto de embestir.
Navaja del Señor de las Venganzas,
reverberan al Sol
los discos del arado.
Entre pálidas conchas quebradizas
el lecho craquelado del canal
dice MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN.
Carrera de ladrón,
una brisa rastrera
sopla en la parda sed del terregal.

“Humedad”, murmuró la madrugada
como soñando peces.
Laberinto de sábanas tendidas,
nubes cargadas en un cielo bajo.

Naranjos florecidos en un huerto
más allá de las cuentas cojitranca
y el reloj detenido,
la incandescencia de la medianoche.

Sobre la cúpula y los campanarios
una forma oceánica,
un suspenso caer
al cuenco gris del día.

Con voz de sauce nos llamó la lluvia,
corrimos como niños,
no estaba en ningún lado.

Despeñaderos de marfil las nubes
tan altas sobre el valle.